

## Un mar con orillas que viven de espaldas

PERE VILANOVA  
La Vanguardia 29/04/2001

Existe el Mediterráneo? La respuesta es no. Al menos, no en el sentido que se le presume desde la geopolítica. El Mediterráneo es un espacio con una larga identidad histórica, una muy clara delimitación geográfica, pero de una extrema complejidad interna, si se analizan parámetros como los actores que intervienen, los conflictos o los flujos de cooperación, los intercambios económicos y otros factores sociológicos, como las migraciones. Su coherencia visual es aparente. En el actual sistema internacional no es un espacio unificador, sino de cruce de dinámicas conflictivas con escasa o nula conexión entre sí. Abundan los análisis sectoriales del Mediterráneo, ya sea por criterios territoriales (Mediterráneo occidental, Oriente Medio, Balcanes, etcétera), ya sea por criterios temáticos (por ejemplo, migraciones, interculturalidad, conflictos, carrera armamentista), pero un estudio global sobre el subsistema mediterráneo encierra muchas dificultades. Este fenómeno se ha incrementado en los años noventa, a partir de la desaparición del sistema bipolar. Este último ofrecía una influencia relativa pero consistente sobre el espacio mediterráneo, que precisamente por razones geoestratégicas fue durante la guerra fría un escenario relativamente periférico en el enfrentamiento entre los bloques, cuyo epicentro se situaba en Europa central y, más en concreto, en Alemania.

Desde el punto de vista de los regímenes políticos, el caso Mediterráneo nos obliga a descartar por insuficiente el criterio de la fractura Norte-Sur como identificador de dos tipos de régimen político: democracias y autoritarismos. Por un lado, en el cuadrante noroeste, un grupo de países cuyo régimen político corresponde al modelo de Estado social y democrático de derecho, y que incluye a España, Portugal, Francia, Italia. En el cuadrante nordeste la situación se complica, pues con la desintegración de la ex Yugoslavia, hay regímenes tan variados como Grecia, institucionalmente asimilable a sus socios de la Unión Europea, Eslovenia y Croacia, en grados diversos de integración a los parámetros del Consejo de Europa, Bosnia-Herzegovina, Yugoslavia -con la crisis de Kosovo, y a la vez en plena transición-, y las democracias vulnerables o convalecientes de Rumania o Bulgaria. Con los sistemas políticos poscomunistas, y aun centrándonos en aquellos que tienen alguna dimensión mediterránea, estamos ante un auténtico caso de grupo regional de regímenes en transición, de tanta importancia o más que las que hubo en su día en el sur de Europa, o las del Cono Sur latinoamericano.

Siguiendo el cuadrante, Turquía e Israel, por ejemplo, son dos casos específicos que tienen en común no pertenecer al mundo árabe. La diversidad de regímenes políticos árabes es también considerable, más allá de su propia agrupación de dos subsistemas regionales, Magreb y Mashreck. Entre regímenes como Siria, Libia o

Irak, asimilables a dictaduras militares y/o de partido único, y países como Marruecos, Líbano, Jordania o Egipto hay diferencias sustanciales.

A otra escala, actores subestatales como regiones y ciudades tienden cada vez más a establecer no sólo contactos bilaterales o multilaterales con sus contrapartes de otros países mediterráneos, sino que tienden a formar auténticas redes estables de organismos internacionales o transnacionales permanentes.

¿Y las organizaciones internacionales que tienen una agenda mediterránea?: Unión Europea, OTAN, Unión Europea Occidental (en fase de mutación), Consejo de Europa, OSCE, Liga Árabe, Unión del Magreb Árabe, Organización de la Unidad Africana, además de otras menores o sectoriales. Si bien todas ellas aparecen de una manera u otra en el escenario mediterráneo, ello ocupa en sus agendas un peso muy desigual.

En cuanto a las dinámicas subregionales, hay que tener en cuenta tanto los conflictos como los procesos de intercambio económico, cultural y social, y la separación entre unos y otros no siempre es evidente. Veamos ante todo los conflictos: la primera constatación es su gran diversidad y, salvo excepciones, su escasa relación entre sí. Para crear una dinámica regional en el sistema internacional, en ocasiones, los conflictos interrelacionados han precedido históricamente (y han contribuido a crear) las condiciones de dinámicas de cooperación e integración posterior. Algunos de los conflictos que contempla hoy el espacio mediterráneo son netamente intraestatales, esto es, guerras civiles. Por ejemplo, Argelia.

Otros conflictos son bilaterales de tipo interestatal, con algunas ramificaciones regionales y alguna que otra paradoja. Por ejemplo, entre Grecia y Turquía. No hace falta remontarse a la crisis del imperio otomano para abordar la crisis de Chipre desde la guerra civil de 1964 hasta la partición de la isla y una notoria limpieza étnica mutua de 1974. El conflicto es bilateral, pero la paradoja es que ambos estados son miembros de la Alianza Atlántica (OTAN), factor que probablemente ha servido en las últimas décadas para limitar el conflicto y en ocasiones para evitar su extensión a una guerra a gran escala -a pesar de la guerra civil de Chipre de 1964 y la partición de 1974-. Pero a la vez, el mosaico actual de estados árabes de Oriente Medio, incluyendo el caso particular de la Palestina histórica, es consecuencia directa del desmantelamiento del imperio otomano. Por tanto hay aquí una crisis regional dentro de una parte del arco oriental mediterráneo que hunde sus raíces en los años veinte, sobrevive a lo largo del sistema bipolar y adopta nuevas expresiones en los años de la posguerra fría. Se trata de un foco de crisis de larga duración y, por lo tanto, con expresiones muy diversas según la fase histórica del sistema internacional.

En cambio, la desintegración de la ex Yugoslavia nos muestra un conflicto que, al menos cronológicamente, se inicia con la crisis del bipolarismo pero con un

epicentro basado principalmente en los factores internos yugoslavos, como detonantes de las sucesivas guerras. Pero con todo, una vez desencadenado, se puede observar cómo su dimensión regional abarca de nuevo a Grecia y Turquía, y activa la presencia de varias de las organizaciones internacionales europeas antes citadas, además de las Naciones Unidas y la OTAN. Sea cual fuere el origen de un conflicto, la interrelación entre los actores tiende a la complejidad creciente, sin que quepa pensar en soluciones fáciles (más allá de juicios éticos de urgencia).

Oriente Medio ha contemplado guerras, negociaciones y fenómenos de diverso tipo, pero el conflicto sigue abierto. Cinco guerras, los acuerdos de Camp David de 1979 y la progresiva normalización de las relaciones diplomáticas de Israel con los estados árabes más importantes, con la excepción de Siria e Irak, conviven con el colapso del proceso iniciado con el acuerdo de Washington de septiembre de 1993 y con el devastador efecto de su fracaso y la nueva "intifada". Dicha región tiene, además, una dimensión regional y global estra-tégica. Cuanto sucede en Oriente Medio desde la Primera Guerra Mundial tiene siempre un impacto sobre el sistema internacional: la guerra del Yom Kipur de 1973 y el primer choque petrolífero, la revolución jomeinista del año 1979 en Irán y la guerra entre Irán e Irak, que desencadenan el segundo choque energético, el impacto de todo cuanto allí sucede sobre la política de precios de la OPEP y el sistema financiero mundial, o sobre el valor estratégico del canal de Suez y el estrecho de Ormuz para el comercio mundial.

Por supuesto, el Mediterráneo en su conjunto plantea lo que convencionalmente podemos definir como conflicto Norte-Sur: migraciones, dependencia económica, subdesarrollo, choques culturales, todos ellos problemas supraestatales de difícil solución a escala puramente interestatal o intraestatal. Pero ni siquiera la lectura esquemática del denominado eje Norte-Sur unifica el espacio mediterráneo.

La razón principal es que dicho eje horizontal, desde el punto de vista geográfico, es muy complejo, pues si la noción de Norte engloba los países mediterráneos de Europa occidental e Israel, el debate sobre el lugar de estados como Turquía, Líbano, Libia, Kuwait o los emiratos sería complejo, comparado con los casos de Egipto, Sudán, Yemen o Irak (desde la óptica de los parámetros de riqueza, cuadro macroeconómico, volumen de población, etcétera).

Por otro lado, las diversas tentativas de crear procesos regionales de tipo cooperativo, sobre la llamada Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM) inspirada en su día en la CSCE (antecesora de la actual OSCE), se han limitado a la mitad occidental del Mediterráneo, riberas norte y sur. Mientras que procesos más ambiciosos, planteados a escala mediterránea global, como la Conferencia Euromediterránea de Barcelona del año 1995, a iniciativa de la UE, presenta a día de hoy un balance más bien escaso y desalentador que no hay modo de disimular.

*PERE VILANOVA, catedrático de Ciencias Políticas de la UB*